

De cómo siempre es más de lo mismo

(o de las dificultades para convertir el sufrimiento en acción)

por Daniel Campione

Hace tiempo que se viene afirmando que, en nuestro país, la economía se devora a la política. Así formulada, la observación es inexacta. Lo que ocurre en realidad es que el poder económico controla las decisiones políticas a tal grado, que lo que se discute en la esfera pública, es sólo el ritmo y el detalle de una política que ya está resuelta, que 'todos' aceptan como inmodificable. Entonces lo que se hace en las instituciones representativas, en los medios de comunicación, en las campañas electorales, es 'representar' un debate inexistente (al menos en cuanto a las cuestiones de fondo) y administrar la cotidianeidad que se acepta, con resignación o entusiasmo, pero se acepta. La verdadera política desaparece de la esfera pública, se la hace en los despachos de los altos ejecutivos de empresas, en las reuniones con los organismos financieros internacionales, en las reuniones secretas entre dirigentes políticos y 'gurúes' de la city.

Si hasta hace unos años podía parecer una exageración consignista hablar de un virtual 'partido único' en nuestro país, hoy esta 'unicidad' tiende a manifestarse con claridad creciente. La continuidad del rumbo entre las presidencias del Dr. Menem y la actual del Dr. De la Rúa, deja fuera de toda duda que el rumbo de la política argentina lo fija un núcleo de grandes capitalistas y una elite política que le responde. La Alianza, para antagonizar con el menemismo sin atacar el fondo del proyecto estratégico de país que el Dr. Menem representaba en la coyuntura, debió blasonar en su momento de republicanismo, respetuoso de las instituciones, y de voluntad de combatir la corrupción. Las circunstancias (y la falta de voluntad para buscar otro rumbo) los han llevado a los decretos de necesidad y urgencia, primero, y a la delegación de facultades extraordinarias en el Ejecutivo, después. Sólo la estulticia del círculo cortesano alcanza a explicar los rumbosos viajes al exterior (con grupo familiar amplio incluido) y los encandilamientos con el protocolo que emparejan el 'estilo' menemista tan criticado. Las solidaridades corporativas de la mal llamada 'clase política' han inhibido el castigo a corruptelas como las del Senado de la Nación. En suma: ni nuevo rumbo económico (lo que era confeso), ni acendrado republicanismo, ni combate contra la corrupción. En ese incumplimiento generalizado, radica el fondo de la atonía de la coalición gubernamental, su progresiva dispersión, la falta de iniciativa y entusiasmo de sus defensores. Y la consiguiente profundización del descreimiento hacia la elite política y más en general, a la actividad pública como proveedora de soluciones.

Mientras el gobierno languidece, la unidad estratégica del gran capital presenta crecientes fisuras tácticas. Contradicciones irresueltas se tornan más agudas. Y en ese cuadro ciertas ineptitudes y perezas intelectuales se hacen más patentes. Un presidente como Fernando de la Rúa sólo podría ser apto para administrar sin grandes cambios un país en la curva ascendente (algo parecido al rol de Alvear en los años 20', cuya ineptitud fue disimulada por la bonanza generalizada). En una situación de crisis persistente como la actual, sólo exhibe su firme decisión de alinearse, en todos los temas, con las posiciones de la derecha (desde el voto contra Cuba a la salud reproductiva), y a menudo de la forma más torpe posible.

De todas maneras, la clase dominante ya no tiene excusas de 'falta de personal'. Cavallo, el hombre con la 'suma del poder' es el ejemplo más elevado de 'intelectual orgánico' que poseen: con títulos académicos de máximo nivel, relaciones fluidas con los centros financieros internacionales y un vínculo estrecho con el gran capital radicado localmente, titular de un partido político conservador con cierta proyección electoral, orientador de *think tanks* que le proveen un equipo de alto nivel, numeroso y cohesionado, difícilmente se puede pedir más desde la lógica del gran capital.

Sin embargo, hasta el flamante ministro parece incapaz de brindar soluciones; ocurre que el problema no es de talento de los funcionarios, sino estructural. Ni la clase dominante ni la elite política tiene un proyecto estratégico, mas allá de las vulgaridades sobre la importancia de inteararse en mavor medida al mercado mundial mediante aprovechamiento

de 'ventajas comparativas', y la flexibilización laboral y el desarrollo educativo como formas de mejor adaptarse a la 'globalización'. Viven el día a día de las reivindicaciones corporativas, del *lobby* por la apertura de nuevos negocios o el derrumbe de más y más derechos laborales, de una regulación restrictiva tras otra. En esa carencia, y en el descreimiento de la gente 'de a pie' que con más o menos claridad percibe la falta de rumbo, se hayan parte de las razones de la 'eternización' de la recesión.

La democracia argentina arrastra mientras tanto una crisis de la representación política descrita ya hasta el cansancio: candidatos que expresan algo de las inquietudes populares mientras lo son, para ignorarlas por completo, una vez elevados al gobierno mediante el voto popular. Pero hay otro factor más fuerte en la declinación democrática: el componente de 'soberanía del pueblo' que da el sentido último a la democracia, queda reducida al ridículo. Nadie cree ya que este régimen sea el 'gobierno del pueblo', y la pregonada 'transición a la democracia' ha culminado, pero sin consolidar, al contrario, la participación ciudadana en las decisiones. 'El pueblo no delibera ni gobierna...', menos aun si debe esperar hacerlo 'por medio de sus representantes'. El gran capital y la elite política son los dueños no ya de los medios de producción y el dinero, sino de las instituciones. Para los ciudadanos, votar a la que más le guste de propuestas casi idénticas... y resignarse a lo que venga después.

Hoy, ante el agotamiento del rumbo económico, muchos críticos de mirada corta ensayan la vieja ideología de la 'producción' versus la 'especulación', del capital 'nacional' frente al cosmopolita, y pretenden extraer de allí la posibilidad de un cambio de rumbo. Ello implica negar lo evidente: el proceso económico, social y cultural cuyo inicio debe ser fechado en 1976 si queremos ser rigurosos, contó con el apoyo del conjunto del gran capital, local o extranjero, productivo o financiero, orientado al mercado interno o a la exportación. Los años del ciclo de las privatizaciones, la desregulación y apertura generalizada, el lanzamiento en gran escala de la flexibilización laboral, encontraron al gran capital unido en el respaldo a una acción estatal que les abría todo un horizonte de nuevos y brillantes negocios, que relegaban a un lugar muy secundario a las diferencias de intereses subsistentes, y que les prometía las mejores condiciones para explotar a los trabajadores y esquilmar a los consumidores. Ninguna voz crítica, ninguna 'inquietud social' se presentaba en ese momento desde los capitalistas, eufóricos en lo que consideraban, acertadamente desde su lógica, un triunfo estratégico. En los últimos años, en cambio, las fracturas internas son crecientes, pues la declinación del mercado interno y la incapacidad de toda la economía para crecer, termina acorralando incluso a amplios sectores de la gran empresa, y allí arranca el cuestionamiento a las altas tasas de interés y otros manejos de los bancos, a las elevadas tarifas de compañías de servicios que gozan de prebendas arbitrarias, a la apertura económica irrestricta a las importaciones. Si buscan el acuerdo de otros sectores, si aparecen preocupados por la desocupación y la pobreza, es para dar mayor solidez a sus reclamos corporativos, o por temor a que la situación se haga totalmente ingobernable, nada más. Ello no debería engañar ya a nadie: no hay 'frente de la producción' ni alianza con el capital nacional posible, ya que significaría juntar a los explotadores y a los explotados detrás de un 'interés común' que tiene más de espejismo que otra cosa. Tampoco alcanza con atacar al neoliberalismo, o como está en boga últimamente, al 'pensamiento único' o al 'fundamentalismo de mercado'. Porque no es un tema de pensamiento, de doctrina, sino de emblocamiento en una estrategia dispuesta a sacrificar los intereses de la mayoría de la sociedad. Los miembros lúcidos de la clase dominante pueden tornarse proteccionistas, hasta 'nacionalistas', mientras siguen bregando por la mayor explotación de los trabajadores.

Las alternativas, mientras tanto, siguen apareciendo en forma de personalismos con componentes mesiánicos, que no dan ninguna garantía de que no vuelvan a ser absorbidos por un bipartidismo que, en creciente desprestigio, conserva aún capacidad de cooptar a las tímidas disidencias que se le presentan. Mas allá de esas apariciones probablemente efímeras, a las expresiones críticas con mayor permanencia, no les va mejor: la Central de Trabajadores Argentinos no termina de definir (o más bien de acordar) su proyecto de creación de una fuerza política identificada con los trabajadores, lo que de producirse sí podría constituir una novedad cualitativa en el cuadro político argentino.

La izquierda, por su parte, sigue sumida en la dispersión, que no es en sí el problema, sino

una exteriorización de sus escasos vínculos con el movimiento social real, de la existencia mezquina de pequeñas agrupaciones sin responsabilidades de dirección, sin posibilidad real de influir en la escena social y política más que mediante pronunciamientos críticos y movilizaciones callejeras, sin duda importantes, pero no aptas para generar construcciones políticas duraderas. Esa situación potencia la dificultad para encontrar nuevos modos de acción sin caer en la adaptación al orden de cosas existente.

En esa carencia de organización política para el descontento social, de formulación de alternativas que conjuguen, en difícil ecuación, radicalidad y verosimilitud, se encuentra uno de los problemas fundamentales de esta época: la crisis económica, las divisiones internas en la clase dominante, el desconcierto creciente de una elite política que pierde base popular al mismo tiempo que no acierta a articular políticamente las demandas corporativas de la clase dominante; no provocarán por sí solas un cambio, sin una fuerza social, dotada de articulación política, que lo impulse y luche por él con claridad. Mientras esa fuerza no exista, la perspectiva para las mayorías no es otra que más pobreza, desempleo, marginación, violencia, empeoramiento (o necesidad de pagar) la educación y la salud. Convertir el sufrimiento en espíritu de lucha, el escepticismo en impulso transformador, la reflexión desencantada en inteligencia creadora, es un imperativo de urgencia creciente para todos los que quieran realmente una sociedad radicalmente diferente.

Daniel Campione. Profesor de Teoría del Estado-UBA. Miembro del colectivo de dirección del Centro Cultural de la Cooperación. Autor del libro "*Crisis y reforma del Estado*" y co-autor de "*Estado y sociedad. De Alfonsín a Menem*".